

De ahora Cómo ser un tonto feliz

La periodista **Barbara Ehrenreich** pone al descubierto las trampas del pensamiento positivo y su manera de justificar las desgracias



DOMINGO CABALLERO

«Por qué aguantas nadie los salarios que nos pagan. Me siento una noche con mi amiga y descubro que éste es sólo un trabajo a tiempo parcial para ella –seis horas al día–; pasa otras horas en una fábrica donde gana 9 dólares a la hora ¿No acaba espantosamente cansada? Qué va, es lo que siempre ha hecho, me dice».

Barbara Ehrenreich, periodista americana muy cotizada, peligrosa liberal para republicanos e izquierdosa respetable para demócratas, se pasó varios meses trabajando de camarera en Florida, de empleada de hogar en Maine, de dependienta en Minnesota, ocultando su identidad, prescindiendo de cualquier apoyo, sin tarjetas de crédito, y rozando a veces la imprudencia. De aquella durísima experiencia surgió un libro sobre la sociedad americana, espeluznante alegato sobre cómo ser pobre en Estados Unidos (pertinentemente traducido en castellano: **Por cuatro duros**, 2003, de cuya traducción he elegido el párrafo introductorio).

Ahora publica el libro que nos ocupa, «Sonríe o muere», agria crítica del optimismo bobalico, inoculado a muchos a favor de unos pocos. Hablamos del «pensamiento positivo», especie de religión americana para millones de desahuciados: «No seas negativo», «guárdate tu ira», «elimina el rencor contra los ricos, base de todos los socialismos». Perlas como: «La gente feliz no se pone mala», «quedarse sin trabajo es la mejor oportunidad para encontrar otro». Y otras perlas que ponen los pelos de punta: «El cáncer puede ser lo mejor que te ha pasado en la vida» (a Barbara Ehrenreich le subleva muy especialmente «almibarar el cáncer» porque lo sufrió en su pecho).

En las empresas –nos cuenta B. E.– regalán a los currantes libros de autoayuda basados en el «pensamiento positivo» para dorar el trabajo. Son esas pequeñas biblias para «babayos» tales como **Quién me ha robado mi queso**, que tantos han leído aquí con fruición, aunque

lo negarán tres veces. El objetivo es justificar las desgracias y las injusticias, de suerte que no haya culpables contextuales al sujeto desgraciado. Culpable siempre individual, perdedor fracasado en el país de las oportunidades, no tienes excusa para tus fracasos. Sonríe, pues, hasta las lágrimas. Sumérgete en tu individualidad, la sociedad no es culpable, la sociedad no existe, la sociedad es puro flato de socialistas nefandos. Sonríe.

La autora bucea en lo que pudieran ser los orígenes de esta sonrisa tonta y medrosa, las negras raíces: los colonos llevaban como un fardo el calvinismo, al que la buena pluma de B. E. califica de «depresión obligatoria», germinando en un clima duro, con indios, ferrocarriles y otras alimañas. El calvinismo, dejado de la mano de Dios, obligaba a un autoanálisis agotador con el que te encontrabas siempre culpable, culpable en soledad, culpable individual ante Yavé.



Sonríe o muere: la trampa del pensamiento positivo
Barbara Ehrenreich
Turner, 2012

Queda ahora únicamente el individualismo. Telepredicadores avisados no pasean ya a la feligresía por el infierno, ni esgrimen el pecado imperdonable. El nuevo objetivo resuena en mil iglesias como teatros: «Dios quiere que seas rico», de modo tal que «las multinacionales se parezcan a iglesias y las iglesias a multinacionales» (hasta el punto de que sus brillantes técnicas para captar adeptos ya se estudian en las escuelas universitarias de marketing.)

El sueño americano –dice la autora– se ha transmutado en una pesadilla, y como defensa y condena sólo queda el «pensamiento positivo», burda añagaza para hacer tragar una sociedad de clases en donde coexisten dos millones de encarcelados, millones de trabajadores sin cobertura social, millones de despedidos que pierden el frágil seguro médico. Y enfrente, aquellos que se desplazan en avión privado,

y tienen abiertas varias mansiones.

En fin, la Ehrenreich contempla cómo el sistema pivota sobre la «violencia económica» y pone en solfa el «mérito» individual, fraudulenta explicación de las desigualdades y la pobreza. Porque en la cola del paro (y aquí en la de la Cocina Económica) «hay tantas hormigas como cigarras», a quienes ha golpeado por igual la negra coyuntura. Se trata de un diagnóstico de izquierda dura, que conforma un programa contra el mercado y contra el «mérito», un programa tocado por el ala del humanismo americano (**Emerson, etcétera**) con propuestas tan atrevidas como blanditas: entender la naturaleza, practicar la solidaridad, ay, dar de comer al hambriento, construir diques fiables para Nueva Orleans, investigar sobre medicinas baratas...

Pero cuál será el sujeto (colectivo, a ver si no) que marcará el paso. Con quién tendrá que enfrentarse. Por qué medios. Con cuánta retórica o quizá violencia. Con qué poderes. Con qué valores. Porque es el caso de que los dichos valores son siempre contravalores. La competitividad empresarial, por poner un ejemplo, es un valor que puede materializarse poniendo de patitas en la calle sin pestañear a millones de trabajadores desarmados. Los trabajadores, a su vez, segregarán contravalores, salvo que, víctimas del pensamiento «positivo», acepten ser felices de tan tontos.

¿Hay valores «universales»? Dudoso. O bien ceban argumentarios de cafetería o sirven de exquisitas elucubraciones divagantes. Barbara Ehrenreich pulverizó en **Por cuatro duros** el valor real del trabajo para millones de americanos. Escribía a propósito de ciertos «putos valores»: «Crecí oyendo decir hasta el hartazgo que el secreto del éxito era «trabajar duro». Nadie me dijo nunca que podía trabajar duro y encontrarte cada vez más hundido en la pobreza». Ahora con **Sonríe o muere** nos desvela la «trampa del pensamiento positivo». No sonríais que maldita la gracia que tiene.

Lecturas La aguóloga

Un libro de **Alicia Álvarez** para cambiar la forma de mirar el mundo



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Como es tal la premura de las editoriales para que me ponga a leer de una vez, me envían con frecuencia libros sin hornear del todo, es decir, en galeras, o sea, en la prueba de composición. Es decir, que recibo libros en abril que no verán la luz de la edición veraz hasta mayo o junio, por ejemplo. Acostumbro a meterlos en mi librónico (me niego a llamarlo «e-book») y, si son de literatura fantástica o llanamente poemas o de capítulos muy cortitos me siento con ellos en mi puesto de observatorio humano, que es un banco del parque de la Fábrica del Gas gijonés, bajo un arco de rosales, y allí mismo escribo mi nota de lectura, estas líneas. Así me ocurrió en su momento con ese prodigio de visión distorsionada del mundo que es «La aguóloga», de la multidisciplinar (qué palabra, Dios me ampare) **Alicia Álvarez**, periodista, música (óiganla ustedes a «Pauline en la Playa»), ilustrado con finísimo trazo por **Fernando Gutiérrez**. Ahora, me llegan noticias de que ya está en librerías a modo, espero que con grandes ventas, si hay justicia en este mundo.

Los observatorios, sean astronómicos o humanos, se instalan en lugares que posean las condiciones apropiadas para la observación de aquello que se pretende estudiar. Y juro que por muy extraño, poético, metafórico, sorprendente, chocante, extravagante (siga el lector sumando sinónimos) que nos parezca lo que hace la aguóloga que da título y protagoniza el poemario de Alicia Álvarez, mucho más insólito, peregrino y fantástico es aquello que puede verse desde mi observatorio perpetrar a la gente que pasa por el parque del Gas. Tanto es así que estoy por considerar a «La aguóloga» una colección de poemas o prosas poéticas (como antes se decía, no sé ahora) totalmen-

La brújula EUGENIO FUENTES

El caníbal

John Hawkes

Traducción de Jon Bilbao

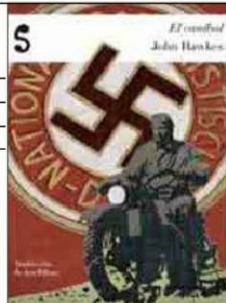
Libros del Silencio

256 páginas, 17 euros

La absurda conjura de una legión de orates desatados

La trama, los personajes, los escenarios y el asunto eran los grandes enemigos de la novela para **Hawkes** (1925-1998). No extraña, pues, que la primera obra de este postmodernista estadounidense rebosase –pese a ser gestada con 24 años– una escritura espectral que es vehículo idóneo para una visión del mundo no menos alucinada.

Se ha citado a mansalva cómo **Pynchon** puso por las nubes a Hawkes y reconoció que **El arco iris de gravedad** estaba en deuda con **El caníbal** (1949). Hawkes, para bien o mal, no es Pynchon, pero su recorrido por diversos géneros ha dejado huella en la novela estadounidense de la segunda mitad del XX. **El caníbal**, histo-



ria de una conjura tan absurda como escalofriante, crece en una Alemania en ruinas entre fantasmas de soldados y orates librados a su suerte por la debacle nazi. Un clásico que está pasando casi desapercibido y que no debería. Impídalo.

Cartas de amor a Mina Loy

Arthur Cravan

Traducción de Manuel Arranz

Periférica

72 páginas, 11,50 euros

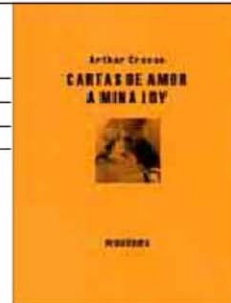
Escrito poco antes de morir con el corazón en un puño

Arthur Cravan desapareció en 1918, a los 31 años, tragado por un golfo de México que nunca se dignó devolver su cadáver. El cadáver de un excéntrico, de un provocador, de un artista que no dejó más obra que intenciones y este intenso y escueto epistolario amoroso.

Cravan quiso disolver su vida en el arte y así prefiguró el

dadaísmo desde 1915. También le echó a esa vida todo el morro que pudo, aprovechó el aura que le daba ser sobrino de **Oscar Wilde** y midió sus puños hasta con un campeón mundial. Duró seis largos asaltos entre sus guantes. Se había pactado que no lo desguzara en menos.

Pero Cravan también se enamoró, en 1917, de la poeta van-



guardista **Mina Loy** y a ella le dedicó estas cartas, cada una más desesperada que la anterior, que constituyen su único y arrebatado testamento. El final, que no se recoge en el libro, fue feliz: se casaron. Pero breve: Cravan murió al poco.